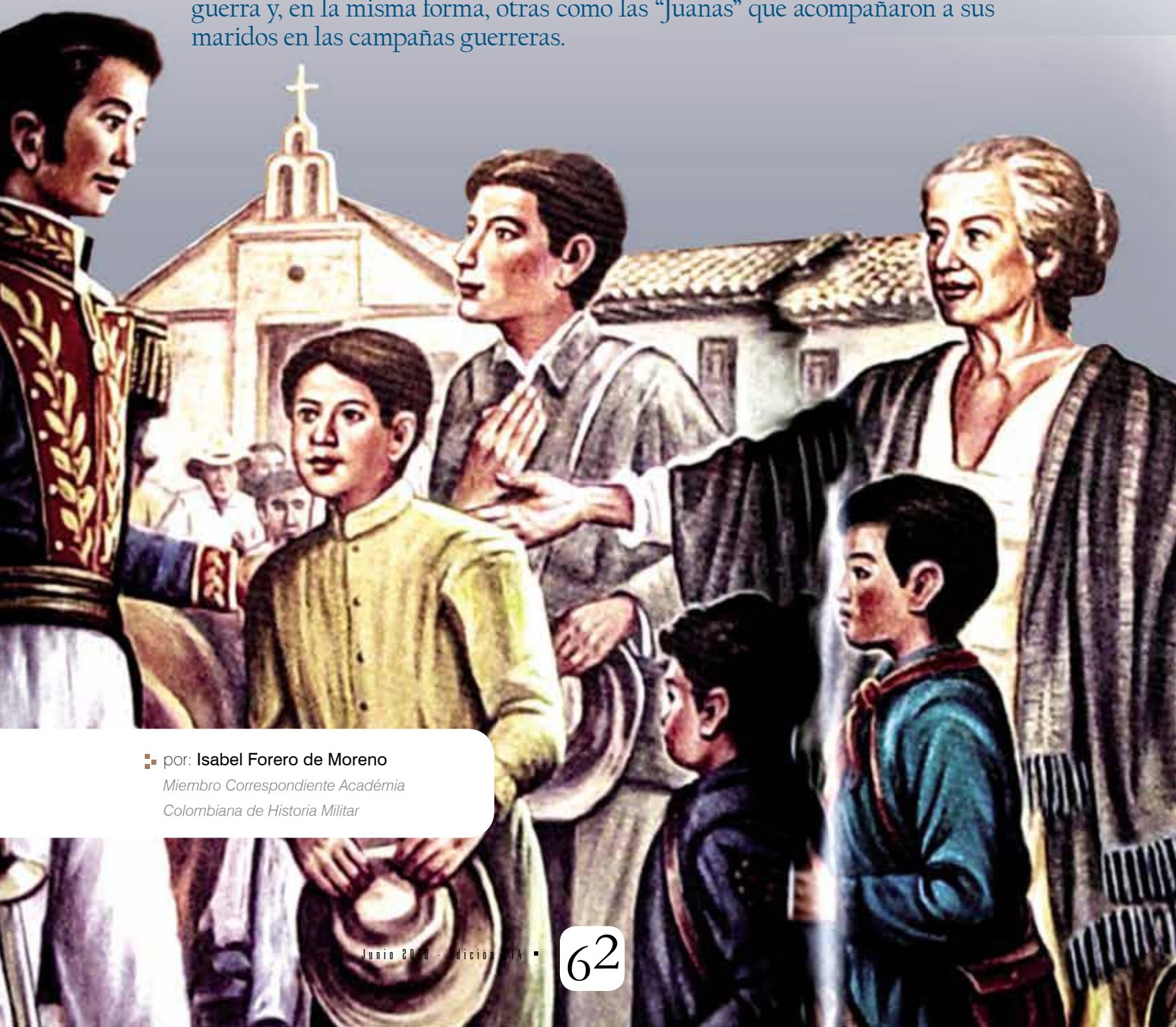


Participación de la

Las mujeres tuvieron un papel muy importante durante la Independencia de Colombia. Ellas participaron en las tertulias literarias, intervinieron en la sedición contra el gobierno español, colaboraron con el Ejército Libertador como correo, espías y divulgadoras de las ideas; entregaron a sus hijos para la guerra y, en la misma forma, otras como las “Juanas” que acompañaron a sus maridos en las campañas guerreras.



■ por: **Isabel Forero de Moreno**
*Miembro Correspondiente Academia
Colombiana de Historia Militar*

mujer en la guerra de Independencia

Circunscribiéndonos a la historia de la Independencia de Colombia, cronológicamente, “la partida de nacimiento del patriotismo en nuestra República data de 1780. Desde entonces, la atmósfera del país fue la atmósfera de la revolución”, por el estado de presión y de injusticias sociales por parte de los iberos que se hallaban en la Nueva Granada. La situación era de lucha entre el fuerte y el débil. Fue entonces, cuando vinieron los motines y alzamientos que hicieron estremecer al país. La primera chispa de alzamiento ocurrió en Mogotes, el 29 de octubre de 1780, y éste fue el punto de partida de la Revolución de los Comuneros. Luego, el 16 de marzo de 1781 con Berbeo y José Antonio Galán a la cabeza, en el Socorro; siguieron en Antioquia, Sopetrán, San Jerónimo, Guarne, la Mosca, Minas, las Petacas y otras provincias, todo lo cual preparó un ambiente revolucionario e hizo más viable la pavorosa guerra de la Independencia.

Cuando se leen los relatos sobre los acontecimientos ocurridos aquel viernes 20 de julio de 1810 en la capital del Nuevo Reino de Granada, generalmente se recuerda como protagonistas a los varones. Se dice que Antonio y Francisco Morales fueron a pedirle el florero a Llorente y prendieron la trifulca. Que José María Carbonell avivó los ánimos entre los santafereños; recorrió los barrios de la capital neogranadina en plan de convocatoria para que las gentes se sumaran al motín.

También se da cuenta del arriesgado acto de José Acevedo y Gómez, quien cuando anochecía, les gritó a los concurrentes, en el Cabildo Abierto: “Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes: ved (mientras señalaba la cárcel) los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan”.



También, refiere el historiador Pedro María Ibáñez, los estudiantes de San Bartolomé abandonaron las aulas para unirse al tumulto popular: “Uno de ellos, Francisco de Paula Santander, escribió luego: ‘Presté el día 20 de julio y siguientes aquella cooperación que cabía en mi edad de diez y ocho años, y como estudiante’. Igualmente, casi todos los libros de historia que hacen referencia a este acontecimiento patrio notifican sobre los 53 patriotas que firmaron el Acta de Independencia en la madrugada del 21 de julio.

¿Y las mujeres qué papel tuvieron en este magno acontecimiento? Precisamente, el historiador citado hace esta relación: “Las señoras Eusebia Caicedo, Carmen Rodríguez, Josefa Lizalde, Andrea Ricaurte, María Acuña, Joaquina Olaya, Melchora Nieto, Juana Robledo, Gabriela Barriaga, Josefa Baraya, Petronila Lozano, Josefa Ballén y Petronila Navas fueron los capitanes de la insurrección mujeril”.

Y asegura que en las variadas escenas del 20 de julio, “que tuvieron por teatro las plazas y calles de la ciudad, matronas y señoritas, despreciando prerrogativas de vanidad social, fomentaron el alzamiento contra el gobierno español”.

“El 20 de julio de 1810, dos voces de mujeres vitoreaban a la patria, en la plaza mayor de Bogotá, en altas horas de la noche, cuando la fatiga había rendido ya a los hombres, que se habían alejado momentáneamente de aquel lugar glorioso. Una de esas dos mujeres es la que hemos llevado hoy al sepulcro: la otra era la madre de Rafael Eliseo Santander. El esposo de la primera las encontró exhalando así su impetuoso amor patrio”.

De la misma manera, en un relato publicado en El Mosaico, el 16 de mayo de 1860, se relata lo siguiente: “El 20 de julio de 1810, dos voces de mujeres vitoreaban a la patria, en la plaza mayor de Bogotá, en altas horas de la noche, cuando la fatiga había rendido ya a los hombres, que se habían alejado momentáneamente de aquel lugar glorioso. Una de esas dos mujeres es la que hemos llevado hoy al sepulcro: la otra era la madre de Rafael Eliseo Santander. El esposo de la primera las encontró exhalando así su impetuoso amor patrio”.

En definitiva, la participación de la mujer durante el Grito de Independencia no fue menor. Referencias históricas dan cuenta que representantes de toda clase y condición, “viejas y jóvenes, amenazaban a los soldados aquel día”.

El testimonio de Ibáñez es evidente: “Las mujeres de la plebe, llamadas entre nosotros revendedoras, y en la Madre Patria, verduleras, fueron las que se manifestaron con más encarnizamiento contra los nativos de España”. Y en otro aparte agrega: “Las monjas, en el tranquilo retiro de sus monasterios, dejaron las celdas, y agrupadas y temblorosas, oyendo el rugido de los tumultos populares, dirigían sus miradas húmedas hacia el altar y todas, en sencillo pero imponente concierto, rogaban a la Divinidad porque sus padres y hermanos alcanzaran éxito feliz”¹.

Las mujeres tuvieron un papel muy importante durante la Independencia de Colombia. Ellas participaron en las tertulias literarias, intervinieron en la sedición contra el gobierno español, colaboraron con el Ejército Libertador como correo, espías y divulgadoras de las ideas; entregaron a sus hijos para la guerra en el Ejército Patriota y, en la misma forma, otras como las “Juanas” que acompañaron a sus maridos en las campañas guerreras.

Manuela Beltrán

Nació en el Socorro. El motín que dirigió el 16 de marzo de 1781 contra los impuestos dictados por el visitador regente Gutiérrez de Piñeres, dio origen a la Revolución de los Comuneros que antecedió a la lucha por la Independencia. Relata la historia que en la provincia del Socorro “una mujer fue la primera en tierra colombiana que se atrevió a romper aquel símbolo de la dominación española en América”.

Ella era Manuela Beltrán, quien frente a los amotinados, en la plaza principal de dicha provincia, hizo pedazos el arancel de contribuciones, animando el pueblo a la revolución con sus gritos de indignación: “Viva el rey y muera el mal gobierno”.

En el occidente de Antioquia, Dorotea de Lastra, quien en compañía de 800 amotinados en San Jerónimo y Sopetrán, hizo desistir al gobernador Lorenzana de sus intentos y órdenes para fundar estancos y gra-

var con impuestos el tabaco y el anís. Además, en el oriente de Antioquia, Juana García, en las minas de las Petacas, dio libertad a sus esclavos encabezados por Pedro García.

El Batallón de ASPC No. 10 en Tolemaida, lleva el nombre de Manuela Beltrán. La planta de carpintería del Batallón de Intendencia No.1 “Las Juanas” fue llamada Manuela Beltrán.

El 20 de julio de 1810, una mujer cuyo nombre ignoramos, reunió a muchas de su sexo, y con su presencia tomó la mano de su hijo, le dio la bendición y le dijo: “Ve a morir con los hombres; nosotras las mujeres (volviéndose a las que la rodeaban) marcharemos adelante; presentaremos nuestros pechos al cañón; que la metralla descargue sobre nosotras, y los hombres que nos sigan y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres, se apoderen de la artillería y libren la Patria”.

Policarpa Salavarrieta.



Mercedes Ábrego.



Antonia Santos.



Juzgado Parroquial.



Manuela Beltrán.

En la alborada del siglo XIX, enardecía la guerra en Quito, Caracas y Nueva Granada, con la participación femenina, el ciclón envolvente de revolución atrapó a las mujeres de la Gran Colombia y fueron ellas “quienes a ejemplo de las espartanas, al pie del cañón estaban dispuestas a lanzar la horda mortal sobre los ejércitos enemigos”.

Más un río extenso y caudaloso de mujeres en compañía de sus esposos y soldados se desbordó desde Venezuela hasta la Nueva Granada. Todas vestidas de hombre, a hurtadillas, para tomar parte en los combates de la Campaña Libertadora, lucharon en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá, odisea, que coronaron con gloria en la batalla emancipadora.

Antonia Santos

Nació el 10 de abril de 1782 en Pinchote, provincia del Socorro, Santander, región azotada por la pacificación de Pablo Morillo. Se formó en un ambiente de rebeldía y descontento por las arbitrariedades de la corona contra su pueblo. Además, su familia se vinculó fervorosamente a la lucha a favor de la emancipación del Nuevo Reino de Granada.

Por esa época se conformaron las guerrillas patriotas en la Nueva Granada para luchar contra los españoles realistas, las que combatieron el régimen del terror y

apoyaron al ejército de Bolívar en la Campaña Libertadora de 1819.

Antonia crea la guerrilla de Coromoro, sostenida con sus propios recursos económicos, el centro de operaciones era su hacienda “El hatillo” en Cincelada. Esta guerrilla fue conocida también como la de Santos, la primera que se organizó en la provincia del Socorro para luchar contra el invasor español; la más disciplinada y la más brava durante los tres años de la reconquista.

El Batallón de ASPC No. 7 en Villavicencio, lleva el nombre de Manuela Beltrán. La planta de zapatería del Batallón de Intendencia No.1 “Las Juanas” fue llamada Antonia Santos.

Mercedes Ábrego

Desde la iniciación de la guerra de Independencia, Mercedes Ábrego manifestó su entusiasmo y apoyo a los patriotas. Tuvo un fervoroso aprecio por el Libertador Simón Bolívar, a quien conoció en las campañas militares de Cúcuta, antecesoras de la Campaña Admirable de 1813 y 1814. Su simpatía por la causa patriótica la llevó a colaborar con los ejércitos republicanos que lucharon en el valle de Cúcuta y lugares vecinos contra las tropas españolas de Ramón Correa y Bartolomé Lizón. Cuando Bolívar se encontraba organizando los ejércitos para la llamada Campaña Ad-

Simona Duque de Alzate.



Magdalena Ortega y Mesa de Nariño



mirable de 1813, Mercedes Ábrego le obsequió una casaca bordada en oro y lentejuelas, hecha por ella misma, en señal de la simpatía y admiración que sentía por el Libertador.

Ella manifestó con decisión su apoyo a la causa patriótica, y con sus contactos secretos mantenía informadas a las tropas del general Francisco de Paula Santander sobre los movimientos del ejército realista. Precisamente, gracias a sus informes secretos, Santander obtuvo los triunfos militares de San Faustino y Capacho, contra las tropas de Matute y Cañas. Cuando el Ejército Patriota buscaba alcanzar el triunfo en el llano de Carrillo, contra los realistas comandados por el capitán Bartolomé Lizón, éste detuvo a una mujer espía que llevaba avisos e indicaciones para los patriotas combatientes y supo que esa mujer era enviada directamente por doña Mercedes Ábrego de Reyes. Las tropas de Santander fueron derrotadas en forma definitiva por los realistas en el llano de Carrillo, y cuando el capitán Bartolomé Lizón ocupó a Cúcuta, después de su triunfo, mandó buscar a Mercedes Ábrego, acusada de conspiradora y ayudante de las guerrillas patriotas. Ella fue aprehendida en una casa de campo y llevada a la cárcel para ser ajusticiada. Recibió los correspondientes oficios religiosos en la capilla, y dos de sus hijos presenciaron su muerte el 13 de octubre de 1813. Su sacrificio en defensa de los ideales repu-

blicanos influyó en muchas mujeres granadinas, heroínas que fueron decisivas para el triunfo de la libertad².

El Batallón de ASPC No. 5 en Bucaramanga, lleva el nombre de Mercedes Ábrego. La planta de carpintería del Batallón de Intendencia No.1 "Las Juanas" fue llamada Mercedes Ábrego.

Policarpa Salavarrieta

Esta egregia prócer de la Patria nació en la población de Guaduas (Cundinamarca), según unos, y en Mariquita, según otros. El cronista Caballero nos refiere que Policarpa Salavarrieta era muchacha muy despercudida, arrogante y de bellos procederes, y sobre todo muy patriota; buena moza, bien parecida y de buenas prendas.

El Consejo de Guerra fue reunido en casa de Carlos Tolrá, el 10. de noviembre. Ella se defendió valerosamente sin delatar a sus compañeros, dando con esto ejemplo de valor y de nobleza, porque si los hubiese delatado, esto le habría bastado para salvar su vida.

En medio de una escolta del Batallón Numancia que le hizo guardia a tan ilustre víctima. Al llegar se dirigió al pueblo en forma arrogante y dijo estas palabras: "¡Pueblo indolente! Cuán diversa sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más. ¡Y no olvidéis este ejemplo!"



Murió fusilada 'la Pola', como cariñosamente se le llamaba, a la edad de 22 años. Colombia admira las virtudes y el patriotismo de la hija de Guaduas; con su valeroso ejemplo estimuló muchas mujeres más, para que ellas entraran al augusto combate en defensa de la libertad. Mientras exista la justicia en la historia, mientras halla gratitud en los colombianos, será siempre Policarpa Salavarrieta una de las heroínas más sublimes en la magna y gigantesca obra emancipadora de la Nueva Granada.

Se dice, que fue la primera mujer en Colombia, en pertenecer al Cuerpo de Inteligencia.

El Batallón de ASPC No. 3 en Cali, lleva el nombre de Policarpa Salavarrieta.

El Batallón de ASPC No. 27 lleva el nombre de "Simona Duque de Alzate".

Magdalena Ortega y Mesa de Nariño

Santafereña. La esposa del Precursor Antonio Nariño, vivió en carne propia la pasión libertaria de Nariño y soportó los vejámenes a que los esbirros del rey sometieron a su marido.

Cuando Nariño salió para España a cumplir su primera prisión, doña Magdalena vendió los sillones de su casa para poder pagar los gastos de viaje del prócer. Para los gastos de la segunda, ella venderá unas botas inglesas que le habían sido dadas en consignación.

"¡Pueblo indolente! Cuán diversa sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más. ¡Y no olvidéis este ejemplo!"

Simona Duque de Alzate

Esta admirable mujer fue una heroína, una mujer ilustre, una mujer sencilla, fue, ¡una mujer prócer!

Nació en Marinilla, ciudad situada al oriente de Antioquia. La historia la consagra con el nombre apropiado de la Cornelia Colombiana: la Cornelia Oriental, porque se sacrificó por la salud de la Patria y le entregó el único tesoro que poseía; sus cinco hijos llenos de juventud y entusiasmo patriótico.

Este hecho ocurrió después de la Batalla de Boyacá, cuando el general José María Córdova llegó a la Provincia de Antioquia, enviado por el Libertador, para desalojar a los españoles que se encontraban apoderados de ella.

Sobre la historia de esta heroína, unida a la de su esposo, se pueden narrar conmovedoras escenas y las más brillantes páginas llenas de elogios alcanzados por su amor a la causa de la Independencia y su martirio.

Tema digno de prolongadas vigiliass, fecundo, de indescriptibles amarguras, que merecen una gratitud casi divina y que encarna trascendencias de eternidad. Además, como matrona y compañera del héroe fue doña Magdalena, un numen tutelar del precursor Antonio Nariño.

Manuelita Sáenz

Qué mejor que al apasionante recuerdo de la "Amable Loca" de Bolívar se pudiera rendir homenaje de sinceridad y de franqueza, por lo



que ella llegare a significarle como refugio a su corazón atormentado, cuando en las puertas del ocaso, sintiera el peso de la ingratitud y el desencanto que le exigía el precio de la gloria.

Parece que en la imponente sala de esa quinta inmediata del padre, donde palpita la grandeza del héroe, se escuchara de nuevo su lamentación desgarradora en vísperas de dejar Colombia: "¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ... ¿Por qué me la arrebatan?"

En esos jardines en donde aún se perciben sus aromas, Bolívar vivió con intensidad y con profunda amargura el último episodio de su vida de amante apasionado.

Por ello y por muchas otras razones más, aquí se pronuncia su nombre con admiración y gratitud y se exaltan en ella todas las amantes que por el amor a sus hombres, compartieron sus sacrificios y sus glorias, ¡para que la patria pudiera ver el sol de la libertad!

La planta de sastrería del Batallón de Intendencia No.1 "Las Juanas" fue llamada Manuelita Sáenz.

María Josefa Díaz de Girardot

Como detrás de la formación de cada prócer está una madre, se hará una breve semblanza de esta excelsa heroína antioqueña. Esposa de don Luis Girardot, egregio patriota asesinado poco después de haber sido también asesinado el general Serviez. Era el padre de Atanasio Girardot, héroe triunfador, sacrificado en el Bárbula. Discuten su cuna San Jerónimo, Titiribí y Medellín, en donde fue bautizado, el día 9 de mayo de 1791. Murió en la cumbre del Bárbula, en donde implantó el pabellón tricolor en las posiciones enemigas, al tiempo que una bala en la frente le quitó su preciosa vida el 30 de septiembre de 1813, penetrando así gloriosamente a la inmortalidad. El corazón de este héroe antioqueño, fulminado a los 22 años de edad, fue llevado en procesión por el ejército hasta Caracas.

Clemencia Lozano de Peralta de Ricaurte

Esta dama de alta distinción y miembro de la sociedad más rica en Santafé, en ese entonces, acostumbrada a la delicadeza y refinamientos de una vida tranquila, sin idea de sufrimientos, privaciones e incomodidades, tuvo que comprometer todos sus bienes en apoyo de su esposo, don Juan Esteban Ricaurte, para el afianzamiento de empleado de manejo y de rendimiento del Real Erario, lo que revela su carácter de abnegación y sacrificio, como honra de la familia colombiana. En la Villa de Leiva, que hoy pertenece al departamento de Boyacá, vivían los señores Juan Esteban Ricaurte y María Clemencia Lozano, cuando ésta dio a luz a su hijo Antonio Ricaurte y

Lozano. Nacido el día 13 de junio de 1786 y uno de los más gloriosos héroes sacrificados por la patria, conocido con el nombre de 'El héroe inmortal de San Mateo', sacrificado por Boves en el cuartel general de este nombre.

Y cómo dejar de mencionar entre estas a las "heroínas madres" a doña María Antonia Agudelo de Olaya, a quien la crueldad inaudita del déspota la hace presenciar la muerte de su hijo Julián, que prefiere sucumbir antes que delatar a su padre. Es allí en la plaza de La Mesa, sujeta a una barra de grillos, donde ve desplomarse el cuerpo de su hijo, sintiendo el desgarrar de su entraña.

Al igual que las madres, otras mujeres y niñas vivieron la amargura de mirar caer en el caldso a sus hermanos y a sus padres o de saber que nunca regresaron de los campos de batalla. En Luisa, Andrea, Teresa y Manuela Torres, se rinde homenaje a las hermanas que, al igual que ellas, vivieron el martirio de quienes compartieran el seno de su madre y sus entrañas ante el suplicio de su hermano Camilo, paradigma egregio de los valores humanos y de los esfuerzos de libertad y cuyo verbo aún sigue resonando con su acento viril al increpar la actitud despótica de España.

El 20 de julio de 1810, una mujer cuyo nombre ignoramos, reunió a muchas de su sexo, y con su presencia tomó la mano de su hijo, le dio la bendición y le dijo: "Ve a morir con los hombres; nosotras las mujeres (volviéndose a las que la rodeaban) marcharemos adelante; presentaremos nuestros pechos al cañón; que la metralla descargue sobre nosotras, y los hombres que nos sigan y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres, se apoderen de la artillería y libren la Patria".

Y como hijas, se debe enaltecer el recuerdo de Carlota, Ana María y Juliana, que a pesar de sus cortos años sintieron el vacío de su padre el coronel y sabio Francisco José de Caldas, cuando marchó hacia la gloria y hacia la eternidad, tras el umbral de su martirio, con su larga y negra partida.

Pascuala Muñoz y Castrillón de Córdova

Un verdadero emporio prócero fue el hogar de doña Pascuala: Salvador y José María, el futuro "Mártir de El Santuario", el "Héroe de Ayacucho", cuya obra guerrera fue literalmente valorada

como una eterna luminaria al servicio de la Patria. José María Córdova, nacido en Concepción (Antioquia), el día 8 de septiembre de 1799³, su familia se trasladó a Rionegro, en 1805, en busca de educación adecuada para sus hijos, años más tarde ingresó a la Academia de Ingenieros Militares, bajo la dirección de verdaderos próceres y sabios de la talla de Caldas, José Manuel Restrepo, Juan del Corral, Francisco Antonio Ulloa y Dionisio Tejada, los que encaminaron y modelaron al futuro héroe, quien más tarde fue gloria de América.

Doña Pascuala Muñoz y Castrillón de Córdova fue "quien supo poner en el corazón de los futuros héroes la semilla de un patriotismo que tan buena cosecha de laureles debía rendir a la Patria". Esta madre mártir se tornó tremendamente fuerte cuando surgieron en ella con todo vigor los ideales de la patria, y por ello pasó a la posteridad con el laurel de gloria de nuestras heroínas⁴.

Sobresalen, así mismo, los nombres de Mercedes Córdova de Jaramillo Díaz (hermana del Héroe de Ayacucho); Rosalía Suárez, María Cadavid de Botero. María Manuela Pastor de

Gómez, Gertrudis Pastor y Tabares de Ortiz Argota, Marcelina Echeverri y Escalante de Bravo y Bernal, Juliana Rojas de Berrío, Julia Obregón de Márquez, Enriqueta Vásquez de Ospina Rodríguez, María Luisa Uribe Uribe y Echeverri de Uribe, María Martínez de Nisser, la “dama soldado”, como se le conoció durante la Guerra de Los Supremos, quien se unió a la tropa que comandaba el mayor Braulio Henao, el cual buscaba mantener el gobierno legítimo. Ella misma se cose la camisa de soldado, se corta el pelo y toma un caballo para unirse a la tropa. Aunque la causa que ella arguye para justificar su decisión es el amor a su esposo, preso por los rebeldes, su diario revela a una mujer con ideas políticas propias y muy definidas, que luchaba más por causas patrióticas que amorosas.

Sin embargo, nada se sabe de aquellas combatientes que participaron en la Batalla de Boyacá. Los registros prueban el hecho que numerosas mujeres pelearon en la Batalla de Boyacá en 1819. Evangelista Tamayo, nativa de Tunja, luchó en Boyacá bajo el mando de Simón Bolívar y murió el 2 de julio de 1821, en San Luis de Coro. Tenía rango de capitán. Teresa Cornejo y Manuela Tinoco, ambas de San Carlos (Venezuela), junto con Rosa Canelones de Arauca, se vistieron de hombres y tomaron parte en las campañas de 1819 en Venezuela y la Nueva Granada.

Al lado de estas heroínas y madres meritísimas viene una legión casi completamente ignorada y las que solamente en estos tiempos los investigadores de historia, en los archivos, han podido salvar sus nombres del olvido.

“No es que estemos inventando próceres”, como lo expresó el erudito historiador don Oswaldo Díaz, sino que “hay próceres sepultados que esperan entre el polvo de los archivos a que alguien, siguiendo las enseñanzas del Taumaturgo Divino, los llame de la vida diciéndoles: “Sal fuera, levántate y anda”.

Finalmente, se quiere transcribir unas frases tomadas de la “Separata del Boletín de Historia y Antigüedades” Números, 645, 46 y 47 y presentadas en forma elocuente, por el historiador Carlos Arturo Díaz. La lista de mujeres desterradas, confinadas y prisioneras es interminable, pero al lado de estas, que formaban y pertenecían a la alta sociedad, están también aquellas modestas, humildes, desvalidas, pero heroicas, abnegadas y sufridas; fueron las mujeres del pueblo, las campesinas ignorantes, las que acompañaron los ejércitos libertadores desde las playas ardientes del Orinoco, sobre el espinazo de los Andes americanos, hasta las cimas heladas del Potosí: fueron las esposas, las amantes, las amigas, las compañías del soldado y del oficial, siempre activas, siempre diligentes, siempre tiernas, siempre cariñosas, las que endulzaron sus penas y participaron sus triunfos y alegrías las que, en una época en que no existían los servicios de la economía y mantenimiento del ejército, tomaron a su cargo esta difícil tarea, recorrieron con sus pies cerca de cien mil kilómetros de viaje, prepararon alimentos, fueron a los campos de batalla, en los ratos en que el duro bregar podía dar lugar a la elación amorosa de una de ellas: Manuelita Sánchez.



Poblanas de la Colombia Colonial.

Las Juanas

Lo que la historiografía ha consignado con respecto a estas mujeres, solamente se reduce bajo el popular calificativo de las juanas, las cholas, o las rabonas, que por múltiples razones marcharon junto con las fuerzas de operación. Ellas fueron parte esencial de la estructura logística. Los motivos que las indujeron a su participación directa son variados y aunque van desde el afán de lucro, hasta los caprichos del amor y el apego a la aventura, han sido estas dos últimas las razones más destacadas y las que mayor número de mujeres arrastraron a los campos de batalla.

Un extranjero relata así una visita a unas tropas: Sus mujeres, sin las que morían de hambre porque el gobierno no las mantiene, esperaban acurrucadas la hora de comer. No era la prime-

ra vez que venía a esas desgraciadas siguiendo, de lejos, retaguardias de miseria, al batallón en marcha de sus maridos o de sus amantes⁵.

Estas mujeres seguían a las tropas, cargadas con ollas y unas pocas vituallas y en los campamentos organizaban el rancho para los soldados. Esto muestra en mayor profundidad el drama de las guerras, que no sólo desarraigan a los jóvenes llevándolos a la milicia, sino también a sus mujeres que los acompañan⁶.

Don Ricardo Palma nos dejó una página admirable al relatar cómo la víspera de la Batalla de Ayacucho, sobre el mismo campo, bajo el mismo cielo y resplandor de los luceros

Las Juanas. Lo que la historiografía ha consignado con respecto a estas mujeres, solamente se reduce bajo el popular calificativo de las juanas, las cholas, o las rabonas, que por múltiples razones marcharon junto con las fuerzas de operación. Ellas fueron parte esencial de la estructura logística.



que habían de ser testigos al día siguiente del aniquilamiento del poder español en América, dio a luz a otro héroe, como precursor de la nueva generación, que venía al mundo bajo los felices augurios de las dianas de victoria, con que las cornetas patriotas celebraron en la tarde de ese día la carga arrolladora de Córdoba en el cerro de Cunduncunca; fueron las Cholas, las Juanas, que acompañaron permanentemente a los ejércitos que proveyeron a su subsistencia, y que todavía a principios de este siglo XX, formaban parte indispensable y principalísima del funcionamiento de los cuarteles.

Es curioso observar la extraordinaria fecundidad de nuestra patria que ofreció en los años 1816, 1817, 1818 y 1819 en martirios, en sacrificios, años tan pródigos en actos de heroísmo y abnegación y que produjeron una legión de hombres y mujeres que derramaron su sangre sin economizarla, en aras de la libertad, extendiéndola y consolidándola con nobles riesgos, en el suelo de la patria. Esas mujeres formaron la cuna, la sacrificada generación que ayudó a fundar esta nacionalidad y este nombre glorioso de Colombia. Esas mujeres se reconcentraron bajo el espíritu de las ideas del siglo, esparcidas por la Revolución Francesa, previeron su triunfo en las leyes y aseguraron la salvación del porvenir; nacieron predestinadas con un signo en la frente, que a veces fue glorioso y otras, trágico. Esas mujeres admirables, salidas de los elevados pensamientos de un amor engrandecido hasta lo sublime, adivinaron, sufrieron, adoraron y murieron por una idea.

Lo que hay verdaderamente grande en ellas es la maravillosa persistencia de una obra infinitamente arriesgada y difícil, el intrépido sentimiento que dominó el peligro, el sobreponerse a los obstáculos y al dominio del tiempo; fue su abnegada pero trágica conducta. Todas se distinguieron con ardor notabilísimo por su desinterés, haciendo de la patria una dulce amiga y teniendo como amante a la justicia eterna; embriagaron su corazón con el perfume de esa misma patria, con la libertad, con la dicha de la especie humana y las virtudes de los tiempos romanos y vivirán siempre imperecederas en la imaginación y en el alma, al calor de delicada inspiración; enérgicas y apasionadas, hicieron con su conducta que la teoría y la palabra se

transformaran en hechos, no sólo aceptaron el sacrificio sino que lo amaron; las manos que se levantaron airadas contra ellas, las encontraron vigorosas, con la sonrisa en los labios, sin quejarse de la muerte; el destino las hirió en lo que les era más querido y las halló más grandes; se desprendieron de sus inutilidades elegantes, que son la poesía de la mujer, y al sufrir el martirio, la persecución y la muerte, se hicieron inmortales y acreedoras de nuestro agradecimiento⁷.

El peso de los prejuicios y de los convencionalismos, no podría en ningún momento arredrar para callar la voz de admiración por aquellas mujeres que en gesto apasionado identificaron el amor al hombre que seguían por los caminos tortuosos de la gesta, con la pasión que en su espíritu y su sangre encendiera el ideal de la causa. Porque si bien es cierto que como sociedad organizada, se rinde homenaje a la virtud y a las tradicionales concepciones que inspiradas en sentimientos religiosos, son garantía de respeto, de dignidad, de pulcritud para bien y seguridad del hogar y por tanto, para esa suma múltiple de hogares que al final es sólo el resultado mismo de la patria, no se podría caer en la pueril ingenuidad de pensar que el amor, para ser grande, intenso y fructífero requiere ante todo de esa legislación contractual que a veces corre el riesgo de perder su espontaneidad y fervor, para convertirse en obligación rutinaria. La sinceridad y la intensidad de un afecto, que a menudo condenan las leyes de los hombres pueden encontrar acogida, por lo menos comprensión ante los ojos de Dios y justificación plena ante la misma conciencia de quienes se sienten confundidos en este intenso ardor que funde sus espíritus, amalgama sus corazones y atiza la llamarada de sus besos.

El Ejército de Colombia, de esa Colombia grande que acariciara la mente del genio y que resultamos pequeños para merecerla, no sólo fue invencible, sino vencedor y con sus hitos de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, consolidó la libertad del hemisferio y afianzó para siempre los destinos de América. Pero las mujeres de Colombia no sólo fueron grandes por haber ofrecido a sus hijos, sus esposos, sus hermanos o sus amantes a la causa; ellas mismas, lucharon en los escenarios de la tragedia, tanto en las avanzadas como en la retaguardia en donde los servicios logísticos, el rancho,

el recalce de las balas, la atención de los heridos, el afilar la punta de las lanzas, requirieron de continuo la acuciosa laboriosidad de sus manos, de su fortaleza física y moral, que muchas veces las llevó también a vestir atuendos masculinos para sumarse a los soldados en las cartas, como aquella “amable loca” de Bolívar, que en Ayacucho, sintiera sobre sí el estruendo de la fusilería, el grito de los hombres y viera el brillo de las bayonetas coronando de gloria el Cundurcunca, en el momento estelar en que la América sentó su condición de continente soberano.

¡En esas heroínas ignotas, se rinde homenaje emocionado a la Patria! El solo nombre de Colombia tiene resonancia de mujer y al pronunciarlo se aviva en el espíritu la imagen de la patria... Si en ese tricolor que concibiera la mente romántica de aquel general aventurero que sobre los escenarios de Europa supo de intrigas cortesanas y que fuera el precursor innegable de la epopeya de América, se encarna en su símil

de mujer, el símbolo de la República, se puede afirmar aún con mayor razón de todas las propias satisfacciones y anhelos, no sólo de soldados sino de hombres, giran alrededor de la mente y en el corazón en torno a una figura de mujer que en su multiplicidad de versiones y apariencias combina las realidades tangibles de sus formas, con la silueta imaginaria de esa deidad que deambula en los sueños.

Es la efigie ambicionada de la gloria que quizá no se logre alcanzar jamás, pero es también el recuerdo tierno

de la madre que tiene el sabor de la caricia y la emoción de la plegaria, es el amor de la compañera que Dios designó para “ser menos dura la tarea de ser hombre”, para encontrar en ella la razón de la vida y lograr en el hijo prolongarla, en el deseo de cumplir en él los anhelos insatisfechos o las aspiraciones frustradas y es ante todo esta clara concepción de la patria, en donde tienen cita todos los contrastes porque en ella la ficción y las realidades se entrelazan, se concibe con suavidad de espiga, pero también con reciedumbre de montaña, con esa placidez de sus llanuras, pero firme y erguida como sus selvas y sus rocas...⁸. 🐉

¡En esas heroínas ignotas, se rinde homenaje emocionado a la Patria! El solo nombre de Colombia tiene resonancia de mujer y al pronunciarlo se aviva en el espíritu la imagen de la patria...

Notas

- 1 Mejía Vallejo, Pedro María. Departamento de Comunicación y Publicaciones. Bogotá, Universidad Central. [en línea] Disponible en http://www.bicentenarioindependencia.gov.co/Es/Contexto/Documentos/Paginas/doc008b_mujeresind.aspx
- 2 Ocampo López, Javier. Mercedes Ábrego. Edición en la biblioteca virtual: 2004-11-22.
- 3 En la Monografía de Antioquia, anotan que el Héroe de Ayacucho tuvo por cuna la ciudad de Rionegro y al efecto, copiamos textualmente la partida de bautismo: “Ministerio Parroquial de Concepción (A.). Los suscritos cura párroco y Vicario cooperado, Certifican: ‘En la Ilga de Nra Sra de la Concepn. En 13 de Sbbre del año 1799, Yo D. Francio Jph González cura párroco de este sitio baptisé solemne según dispone Nra. Sta. Madra la Igla a un niño q’nasio el día 8 de Septibre, hijo lexmo y de lexmo Matrimonio, de D.Chrisanto de Córdova, y doña Pasquala Muñoz Vez, os esta parroquia y a dho niño le fue uesto el nombre de JPH M.A. siendo padrino el Pvro. D.Jhp. Cosmo Echeverri, y pa.q.onste lo fimo PC.,Jran.coHhp.Gonzales”. Rubricado. Es fiel copia del original expedida el 25 de junio de 1971. El cura párroco, Alberto Henao Valencia, El Vicario Cooperador, Roberto Quintero Torres.
- 4 Gutiérrez Isaza, Elvia, Op. Cit., p. 285.
- 5 Pierre D’Espagnat.
- 6 Pardo Rueda, Rafael. Historia de las guerras. Bogotá, Vergara, 2004, pp. 373-374.
- 7 Díaz, Carlos Arturo. Academia Colombiana de Historia. Boletín de Historia y Antigüedades, Nos. 645, 646, y 647.
- 8 Ibid, p. 51.